

de Carlos Pujol, pero la grandeza y el honor de los viejos leones fatigados ya se identifican más con la decrepitud de la guerra que con la enseña del valor.

La obra de Carlos Pujol tiene el valor de lo que se desenvuelve con esa ligereza que en el fondo incorpora la aventura de una complejidad. Figuración de lo real, nombrar lo ausente, acotar la nostalgia: a veces las formas delicadas proceden de presiones geológicas extremadas. Por la misma razón, hay trazos líricos que lindan con lo grotesco. De otro modo, sabemos gracias a Carlos Pujol que la verdad no es un artefacto y que las novelas “mecano” o hamburguesa doble han quedado en la cuneta mientras por el camino real seguía su

ruta la larguísima tradición del contar y el escribir. Lo que va de Stendhal a Houellebecq, ¿para qué darle descripción? Mientras tanto, siguen existiendo los fuegos fatuos y la trama de las galaxias. Misterio y ficción de lo huidizo y a la vez perenne: en eso creyó Carlos Pujol. Tan solo con la mitad de su obra narrativa o poética, no pocos se hubiesen creído con derecho vitalicio a una habitación con jacuzzi en el Parnaso, pero él seguía siendo quien era y, con su desaparición, si es que hacía falta, nos damos cuenta de que eso era muchísimo. Un escritor casi secreto, un maestro, un portento de “finesse”. Y, por decirlo así, “finesse oblige”. Si cometió algún exceso, fue de integridad.

Rafael Reig

## ESCRIBIR ES NO ESTAR DE ACUERDO

Leo otra vez el comienzo de aquella novela:

“—¿Y si no nos muriéramos nunca? —dije en un susurro. Por unos instantes sopesé aquella idea tan prometedora”.

Es *El lugar del aire*, de Carlos Pujol.

Hace poco tiempo, a principios de este año, Pujol desechó esa prometedora, aunque monótona idea. Tanta insistencia en vivir (o tal vez contumacia: obstinación en el error) le habrá parecido una vulgaridad innecesaria al escritor más alegre, amable, discreto y educado que había en millas a la redonda.

No tengo ninguna duda de que la obra narrativa de Pujol es excepcional. En los dos

sentidos del término. Porque novelas así son una excepción, algo que no sucede casi nunca en la literatura española. Y porque son mucho mejores de lo que es común, de lo que se publica (y aun se jalea) y de lo que nos resignamos a leer.

Teníamos veinte años cuando mi amigo Antonio Orejudo se acercó y me entregó un libro que traía escondido bajo la chaqueta, como un traficante de drogas. Era *Jardín inglés*, la primera novela que leí de Pujol.

—Toma, lee —me dijo—. Te va a fastidiar mucho.

Me escoció más de lo que pensaba mi amigo, porque nunca había imaginado que se podía escribir así.

Fue mi primera dosis de Pujol y me hice adicto. La pujolina es muy peligrosa, una espiral, un caballo que se desboca, tú siempre crees que lo dominas, hasta que (demasiado tarde) te das cuenta de que estás en sus manos. Has caído en su red y ya no puedes dejar de leerle.

Los efectos de la pujolina son difíciles de describir, provoca una euforia melancólica, por así decir. Leer una de sus novelas es semejante a pasar al interior de un cuadro que adquiere vida y movimiento, como si uno pudiera atravesar el lienzo y aparecer en mitad de las guerras carlistas, en la mansión de una dama escéptica o en compañía de Sherlock Holmes. Siempre hay una recreación de un tiempo y un lugar que ni siquiera son reales, sino ensoñaciones culturales, es un viaje al interior de un poema, de una novela, de una época, de un tono o de un género literario.

El lector recupera así la emoción de la literatura como juego, aunque jugado con la seriedad con la que se entregan los niños a cualquier juego, como si les fuera la vida en ello. Y nos va. Para decirlo en palabras de Marianne Moore, Pujol construye “imaginary gardens with real toads in them”, nos ofrece jardines imaginarios en los que hay sapos de verdad. O en palabras de Pujol: “Escribir lo que no se sabe de la mejor manera que se sepa”.

Enganchado a la pujolina, he leído todo lo que he podido de su obra. No es tarea fácil. *Jardín inglés* sigue siendo mi favorita, aunque he disfrutado mucho también con *Es otoño en Crimea*, *La noche más lejana*, *Los crímenes de San Gervasio*, *Cada vez que decimos adiós* o *Los días frágiles*.

Andando el tiempo, tuve la suerte de conocer a Carlos Pujol. Era mi amigo, aunque apenas nos hemos visto: teníamos una amistad epistolar. Le escribía cartas a máquina a su Avenida

de la República Argentina, en Barcelona, y él me contestaba a mano a mis sucesivas direcciones. Una amistad del siglo XIX, laboriosa, algo irónica y muy desigual: él era un maestro y yo un piernas, aunque me esforzara por aprender de él.

Carlos Pujol lo había leído todo. Leía con violencia indiscriminada, venga de donde venga. Hasta el extremo de que leyó una de mis novelas.

—Lo que menos me gusta es que el protagonista traicione para salvar a su hija —me dijo.

—¿No te parece un buen motivo?

—Es un poco... aburrido. ¿No sería más divertido buscarle alguna otra razón? Algo más vil, más humano.

—¿Como cuál?

—Por dinero. ¿Eso no sería más interesante?

Tenía razón, pero esa otra novela más sutil estaba fuera de mi alcance.

Una novela en línea recta, como aquel Poema en *linha* recta en el que Pessoa busca a alguien que haya sido “vil, literalmente vil, vil no sentido mesquinho e infame da vileza” para poder así escuchar a un hombre:

*Quem me dera ouvir de alguém a voz humana*

*Que confessasse não um pecado, mas uma infâmia;*

*Que contasse, não uma violência, mas uma cobardia!*

*Não, são todos o Ideal, se os oiço e me falam.*

*Quem há neste largo mundo que me confesse que uma vez foi vil?*

*Ó príncipes, meus irmãos,*

Tendría que haberla escrito él tal y como escribía sus novelas; con voces humanas, con

personajes que claudican por cobardía o codicia, esos tipos que son como nosotros: más complicados por dentro que por fuera.

Dejó dicho en su *Cuaderno de escritura*: “El Bien es una presencia extraña y desconcertante en una novela, nunca se sabe cuándo estorba y cuando salva el libro”. En mi caso, estorbaba, pero sólo Pujol habría podido salvarlo.

A mí me da que a Pujol casi nada le parecía demasiado serio, lo miraba todo desde otro sitio, a la vez desde fuera y más cerca todavía, siempre con benevolencia socarrona. Escribía con la misma actitud, como él mismo confesó: “Sólo hay una buena disposición para escribir: sentirse como despegado y un poco desdeñoso por lo que uno se trae entre manos. La absoluta dependencia moral de lo que se escribe limita y ciega. Uno sólo puede verse con claridad desde más allá de sí mismo”.

Pujol era un tipo alto y distinguido, demasiado elegante para llamar la atención, era inactual

y se daba un aire a Jeremy Irons interpretando al Humbert Humbert de Nabokov.

Sonreía de medio lado, con cara de travieso y una expresión que recordaba un poco a Voltaire. Los trajes los llevaba como Voltaire se ponía la peluca, siempre un poco descolocados.

Cuando le conocí le dije que *Jardín inglés* me parecía la Pimpinela en la guerra civil española contada por P.G. Woodehouse en alguna de las novelas de Jeeves.

Me dijo que así era, pero que nadie parecía haberlo notado.

La pujolina no se puede dejar: el que lo probó lo sabe. Pujol nos ha dejado, pero aún tenemos pujolina, muchos que releer, para no sentirnos tan solos, porque en sus novelas, como él dijo: “Cada personaje somos nosotros o es un error, cada palabra es nuestra o nos equivocamos”. Carlos Pujol acertó, por eso su literatura nos invita a la insumisión. Como él dijo: “Escribir es desconformidad, no estar de acuerdo”.



Carlos Pujol con su maestro Martín de Riquer.